

2, 3

PR 4569

.A67

V5

v. 2

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
TOMO SEGUNDO
CAPITULO XX

Donde se verá que Dodson y Fogg eran hombres de negocios; que tuvo lugar una tierna entrevista entre Samuel Weller y su padre, á quien había perdido hacía mucho tiempo: donde se verán además los ingenios superiores que se reunían en la posada de la Marica.

En una habitación situada en el piso bajo de una sombría casa del barrio de Cornhill estaban sentados los cuatro parientes de los señores Dodson y Fogg, procuradores de Su Majestad. Los tales pasantes, en el curso de sus trabajos ordinarios, tenían tantas probabilidades de ver la luz como un hombre que viviera en el fondo de un pozo. La habitación donde se hallaban encerrados era oscura y húmeda: un tabique de madera los defendía de las miradas del vulgo, y así los clientes que esperaban un rato desocupado de los señores Dodson y Fogg, no veían por toda distracción más que un par de sillas viejas, un reloj de tic-tac, un almanaque, una pila de pupitres y muchas tablas de papeles numerados y sucios, de cajas de madera y gruesas botellas de tinta. Una puerta vidriera comunicaba con el patio, y en el exterior de esta puerta fué donde se presentó Mr. Pickwick dos días después de los acontecimientos que acabamos de relatar.

—¿No podéis entrar? — dijo una voz chillona, respondiendo al golpe modesto que dió Mr. Pickwick en dicha puerta.

El filósofo entró seguido de Sam.

—¿Están en casa los señores Dodson y Fogg? — preguntó graciosamente Mr. Pickwick, acercándose sombrero en mano á la reja.

—Mr. Dodson no está aquí, y Mr. Fogg está ocupado, — respondió la voz; y al mismo tiempo la cabeza á quien la voz pertenecía se dejó ver, y miró á Mr. Pickwick.

Era una cabeza sucia; sus cabellos rojos, escrupulosamente separados á un lado y á otro, y aplastados con cosmético, guarnecían un rostro chato, adornado con dos ojos pequeños, con un cuello de camisa muy grasiento y una corbata negra muy usada.

—Mr. Dodson no está en casa, y Mr. Fogg está ocu-

pado, — dijo el hombre á quien la cabeza pertenecía.

—¿Cuándo vendrá Mr. Dodson, caballero?

—No sé.

—¿Mr. Fogg estará ocupado mucho tiempo?

—No sé.

Al decir esto, el hombre se puso muy tranquilamente á cortar su pluma, mientras otro pasante reía de un modo aprobativo, echando unos polvos de Sedlitz en un vaso de agua.

—Entonces esperaré, — dijo Mr. Pickwick, y se sentó, sin haber sido invitado, escuchando el tic-tac del reloj y el cuchicheo de los pasantes.

—Pues es una historia graciosa, — dijo uno de ellos, para concluir la relación de una aventura nocturna que había contado en voz baja.

—Muy graciosa, muy graciosa, — respondió el hombre de los polvos de Sedlitz.

—Tom Cummins estaba en el sillón, — continuó el primer pasante, que llevaba un traje gris con botones de metal. — Eran las cuatro y media cuando yo llegué á Somes Town, y no pude dar con el agujero de la cerradura, viéndome obligado á llamar á la vieja. Yo quisiera saber lo que diría el viejo Fogg al saber esto. Ha habido una chistosa aventura esta mañana con Fogg, mientras Jack estaba arriba arreglando los papeles, y mientras vosotros fuísteis al correo; Fogg estaba abajo abriendo sus cartas, cuando he aquí que viene el bribón de Comberwell, contra el cual tenemos una demanda. Ya sabéis... ¿cómo se llama?

—Ramsey, — dijo el pasante que había hablado á Mr. Pickwick.

—¡Ah! Ramsey; ¡he aquí un parroquiano singular! Y bien, caballero, dijo Fogg, mirándole con aire salvaje; ya sabéis sus miradas... — Y bien, caballero, ¿habéis venido á terminar? — Sí señor, dijo Ramsey, poniendo sus manos en los bolsillos y sacando el dinero: la deuda es de dos libras esterlinas y diez shillines, y los gastos ascienden á tres libras y diez shillines; hélos aquí, caballero; y suspiró como un fuelle de fragua al entregar el dinero. El viejo Fogg miró primero el dinero, y después al hombre, luego tosizó de un modo, que yo me figuré que iba á pasar alguna cosa. — ¿No sabéis, dijo, que hay una declaración que aumenta notablemente los gastos? — ¿Qué decís? exclamó Ramsey, estremeciéndose; el plazo ha espirado ayer por la noche. — Eso no impide nada, continuó Fogg; mi pasante ha ido precisamente á hacer el registro de esa declaración. — ¡Dios mío! dijo Ramsey, yo me he vuelto loco para reunir ese dinero, y todo para nada. — Para nada, dijo Fogg friamente; así es que hacéis bien en volveros; recoged otro poco y traedlo

aquí. — No podré encontrarlo, ni vendiendo mi alma, exclamó Ramsey, dando un puñetazo encima de la mesa. — No me amenacéis, caballero, dijo Fogg, montando en cólera. — Yo no he tenido intención de amenazaros, caballero, respondió Ramsey. — Sí señor; salid de aquí, salid de este despacho y no volváis hasta que hayáis aprendido mejor conducta. — Entonces Ramsey ha dicho cuanto ha podido para defenderse; pero como Fogg le cortaba la palabra, se ha visto obligado á meterse el dinero en el bolsillo y á marcharse. Apenas se había cerrado la puerta, cuando el viejo Fogg se volvió á mí con una sonrisa agradable, y sacó la declaración del bolsillo. — Mr. Wicks, dijo, tomad un coche y marchad al Temple tan pronto como podáis, para poner esto en el registro. Las costas son seguras, porque es un hombre laborioso, con una familia numerosa, y gana veinticinco shillines por semana. Si nos firma una procuración, estoy seguro de que sus amos pagarán; es un acto caritativo, porque teniendo una gran familia y una pequeña renta, esto le servirá de lección para no contraer más deudas; ¿no es cierto? — Es un gran hombre de negocios ese Fogg, — añadió Mr. Wicks, en tono de la más profunda admiración.

Los otros tres pasantes se unieron cordialmente á aquella admiración y parecían haber oído la anécdota con mucho gusto.

—¡Vaya unos tunantes! — dijo Sam al oído de su amo.

Mr. Pickwick hizo una señal de asentimiento y tosizó para llamar la atención de los jóvenes que estaban detrás del tabique. Después de haber refrigerado sus espíritus con aquella conversación, tuvieron la condescendencia de ocuparse del visitante.

—Mr. Fogg debe estar ya desocupado, — dijo Jackson.

—Voy á ver, — dijo Wacks, levantándose con indolencia; — ¿cómo os llamáis?

—Pickwick, — dijo el ilustre héroe de estas aventuras.

Mr. Jackson desapareció por la escalera y volvió pronto á anunciar que Mr. Fogg recibiría á Mr. Pickwick dentro de cinco minutos.

—¿Qué nombre ha dicho? — preguntó en voz baja Mr. Wicks.

—Pickwick, — replicó Jackson; — es el demandado por mistress Bardell.

Un ligero roce de pies mezclado con algunas risas se oyó tras del tabique; los cuatro pasantes habían asomado la cabeza por encima del tabique y examinaban con hilaridad el aspecto y la fisonomía de Mr. Pickwick, de aquel presunto Lovelace, de aquel gran destructor del

reposo de los corazones femeninos. Al movimiento que hizo, la hilera de cabezas desapareció como por encanto, y se oyó al instante el ruido de cuatro plumas que viajaban por el papel con extraordinaria celeridad.

El sonido de una campana suspendida en la pared del despacho llamó á Mr. Jackson á la estancia de mister Fogg; volvió pronto, y anunció á Mr. Pickwick que su patrono estaba pronto á recibirle; Mr. Pickwick subió la escalera. En el primer piso había un cartel con letras muy grandes que decía: *Mr. Fogg*: tocaron á la puerta y entraron.

—¿Mr. Dodson ha venido? — preguntó Mr. Fogg.

—Hace poco.

—Suplicadle que venga.

—Sí señor.

—Jackson salió.

—Sentáos, caballero, — dijo Mr. Fogg; — mientras llega mi compañero podemos hablar de vuestro asunto.

Mr. Pickwick se sentó y examinó al curial. Era un personaje de cierta edad, cuyo cuerpo estaba empaquetado en un vestido negro, en un pantalón obscuro, en unas polainas sombrías; parecía ser parte esencial de su pupitre y tener tanto ingenio y sensibilidad como él.

Pocos minutos después, llegó Mr. Dodson, hombre gordo, aire severo, de voz estrepitosa; su conversación empezó inmediatamente.

—El señor es Mr. Pickwick, — dijo Mr. Fogg.

—¡Ah! ¿sois el demandado por mistress Bardell?

—Sí señor, — respondió el filósofo.

—Y bien, caballero, ¿qué nos proponéis?

—He venido, señores, — respondió nuestro sabio mirando con bondad á los dos curiales, — he venido aquí á manifestaros la sorpresa que me ha causado vuestra carta del otro día, y á preguntaros que podéis alegar contra mí.

—¿Qué alegamos? — exclamó Mr. Fogg, que fué detenido por Mr. Dodson.

—Mr. Fogg, — dijo éste, — dejadme hablar.

—Perdonadme, Mr. Dodson, — dijo Mr. Fogg.

—En cuanto á lo que hemos de alegar, — continuó

Mr. Dodson en tono elevado, — vos consultaréis vuestra conciencia y vuestros sentimientos; nosotros nos guiaremos por los asertos de nuestro cliente; estos asertos pueden ser verdaderos ó pueden ser falsos; pueden ser creíbles ó increíbles; pero si son creíbles, no vacilo en decir, caballero, que nuestro alegato sea invencible; podéis ser un hombre desdichado y podéis ser un hombre astuto; pero si me llamasen como juez y bajo juramento me pidieran mi opinión sobre vuestra conducta, os aseguro, caballero, que no vacilaría un momento.

Aquí Mr. Dodson se irguió con el ademán de la virtud ofendida, y miró á Mr. Fogg, que sumergió más profundamente las manos en los bolsillos, y sacudiendo la cabeza, añadió con aire de convicción:

—Sí, cierto.

—Pues bien, señores, — dijo Mr. Pickwick tristemente, — os aseguro que soy muy desdichado en este asunto.

—Podrá ser, — dijo Mr. Dodson, — pero si sois en realidad inocente de lo que se os acusa, sois más afortunado de lo que yo creía; ¿qué decís á esto, Mr. Fogg?

—Digo lo mismo, — respondió Mr. Fogg.

—La asignación que da principio á la acción contra vos, — continuó Mr. Dodson, — ha sido entregada regularmente; Mr. Fogg, ¿dónde está nuestro registro?

—Aquí está, — dijo Mr. Fogg, entregándole al otro un tomo forrado en pergamino.

—Aquí está el registro, — continuó Dodson. — *«La viuda Marta Bardell, versus Samuel Pickwick Daños y perjuicios, 1.500 guineas. Dodson y Fogg por el demandante. Agosto, 28, de 1831.»* Todo está en regla, caballero, perfectamente en regla.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Dodson miró á Mr. Fogg. Mr. Fogg, repitió:

—Perfectamente en regla.

Mr. Pickwick dijo entonces:

—¿Queréis darme á entender que tenéis intención de continuar este juicio?

—¡Dáos á entender! sin duda, — respondió Mr. Dodson, con una cosa semejante á una sonrisa.

—¿Y qué daños y perjuicios suben á 1.500 guineas?

—Podéis añadir que si nuestro cliente hubiera seguido nuestro consejo, hubiera pedido el triple de esta cantidad.

—Creo, sin embargo, — añadió Mr. Fogg, — que mistress Bardell ha declarado positivamente que no aceptará un cuarto menos.

—Es claro, — replicó Mr. Dodson en tono seco; porque el proceso empezaba, y no convenía á los abogados terminarle con una transacción, aunque el mismo mister Pickwick lo hubiera deseado.

—Como no nos habéis hecho proposiciones, — dijo Mr. Fogg, desdoblado un ancho papel y enseñándolo á Mr. Pickwick, — os ofrezco una copia del auto.

—¡Muy bien! ¡muy bien! — dijo levantándose nuestro filósofo, cuya bilis principiaba á ser excitada. — Tendréis noticias mías por mi procurador.

—Ya lo deseamos, — dijo Mr. Fogg frotándose las manos.

—Bien, — dijo Mr. Dodson abriendo la puerta.

—Y antes de dejaros, señores, — continuó Mr. Pick-

wick, — permitidme que os diga que todos los ardides vergonzosos y repugnantes...

— Esperad, caballero, esperad, — interrumpió mister Dodson con gran política; — ¡Mr. Jackson, Mr. Wicks!

— ¡Señor! — respondieron los dos pasantes, apareciendo en la escalera.

— Escuchad lo que este caballero va á decir; vamos, caballero, os lo suplico, hablabais, según creo, de ardides vergonzosos y repugnantes, seguid.

— Sí señor, — exclamó Pickwick enteramente excitado — decía que de todos los ardides repugnantes y vergonzosos á que se entregan los bribones, es este el más vergonzoso y repugnante; lo repito, caballero.

— ¿Habéis oído, Mr. Wicks? — exclamó Mr. Dodson.

— ¿No olvidaréis estas expresiones, Mr. Jackson? — añadió Mr. Fogg.

— Tal vez, caballero, — continuó Dodson, — tal vez se os ocurra llamarnos estafadores: vamos, caballero, si os parece bien, decidlo.

— Sí, — exclamó Pickwick, — sois unos estafadores.

— Muy bien, — observó Dodson; — espero que habréis oído, Mr. Wicks.

— Sí, sí señor.

— Continúad, caballero, continuad; haréis bien en llamarnos ladrones, ó quién sabe si se os ocurrirá maltratarnos; podéis hacerlo si tenéis gusto en ello; no opondremos la menor resistencia, vamos, caballero.

Como Mr. Fogg se colocaba á muy poca distancia del puño cerrado de Mr. Pickwick, es muy probable que nuestro sabio hubiera cedido á sus solicitudes perentorias, si no se lo hubiera impedido Sam, que oyendo la disputa, había subido la escalera y había detenido el brazo de su amo.

— ¡Vamos, señor! — le dijo, — venid por aquí; es divertido repartir un par de pescozones, pero cuando se trata de hombres de ley, es cosa un poco seria; si queréis desahogaros con alguno, pegadme á mí, pero dejad á estos leguleyos.

Sin más ceremonia, Sam hizo bajar á su amo la escalera, atravesó con él el patio, hasta que llegaron á la calle; entonces Sam se puso á andar modestamente detrás de él.

Mr. Pickwick andaba abstraído; atravesó el Cornhill y se dirigió hacia Cheapside; Sam empezaba á maravillarse del camino que su amo tomaba, cuando éste se volvió y le dijo:

— Sam, voy inmediatamente á casa de Mr. Perker.

— Es donde desde el principio debíais haber ido.

— Lo creo, Sam.

— Y estoy seguro de ello.

— Iré en seguida; pero ante todo, como he estado un poco fuera de mí, quisiera tomar un vaso de aguardiente y un poco de agua. ¿Dónde encontraremos?

Sam, que conocía perfectamente á Londres, respondió sin vacilar:

— La segunda calle á mano derecha, la penultima casa á mano derecha.

Mr. Pickwick observó escrupulosamente las indicaciones de su criado, y entró en la taberna que le había indicado. Trajeron el aguardiente y agua caliente; Sam se sentó á alguna distancia en la misma mesa.

El local en que se encontraban era muy sencillo, y parecía ser patrimonio especial de los cocheros de diligencia, porque se veían allí fumando y bebiendo muchos personajes pertenecientes á aquella sabia corporación: entre ellos se encontraba un hombre regordete, que llamó la atención de Mr. Pickwick. El hombre gordo fumaba con gran vehemencia, pero á cada bocanada de humo se quitaba la pipa de la boca, y miraba alternativamente á Mr. Pickwick y á Sam; después daba algunas bocanadas con aire de meditación profunda, y comenzó á contemplar de nuevo á Mr. Pickwick y á su acólito.

Las evoluciones de aquel hombre no fueron notadas al principio por Sam; pero viendo que los ojos de mister Pickwick se dirigían constantemente á aquel sitio, miró en la misma dirección, después se puso la mano sobre los ojos, como si habiendo reconocido ya parcialmente al objeto de su atención, quisiera cerciorarse por completo de su identidad. Pero sus dudas se disiparon, porque el hombre gordo emitió una voz ronca semejante á un extraño fenómeno de ventriloquismo, y pronunció lentamente estas palabras:

— Sammy, ¿eres tú?

— ¿Qué es eso? — preguntó Mr. Pickwick.

— Señor, ¡quién lo creyera! — respondió Sam admirado; — es el viejo.

— ¿El viejo? — respondió Mr. Pickwick, — ¿qué viejo?

— Mi padre, señor; ¿cómo estáis?

Y con esta tierna ebullición de amor filial, Sam hizo un sitio junto á la mesa al viejo gordo que venía á congratularle, pipa en boca y jarro en mano.

— Pues, hijo Sammy, hace dos años y medio que no te veo.

— Es verdad; ¿cómo va la madrastra?

— Bien; te diré, Sammy, — exclamó Weller el mayor con gran solemnidad; — no he visto una viuda más buena que mi mujer; todo lo que digo es esto; que como era tan buena viuda, no debía haber mudado de condición. Para mujer no sirve, Sammy.

Al decir esto Mr. Weller, padre, sacó de su bolsillo una caja de estaño, llenó de tabaco la pipa, la encendió con las cenizas de la precedente y empezó á fumar otra vez.

Después de una pausa considerable, se dirigió á mister Pickwick, continuando el mismo asunto.

—Perdonadme, señor, ¿pero no habéis tenido que cargar con una viuda?

—No, — respondió Mr. Pickwick riendo.

Mientras Pickwick reía, Sam informó á su padre de las relaciones que existían entre él y aquel caballero.

—Perdón, señor; pero veo que no tendréis queja ninguna de Sam.

—Ni la más mínima.

He tenido gran trabajo para educarle, caballero; le he dejado andar por las calles desde chiquito, para que aprendiera á manejarse solo. Es el gran método para sacar un joven de malicia.

—Yo creí que era un método peligroso, observó mister Pickwick, sonriendo.

—Pues apesar del método, me han engañado el otro día, — dijo Sam.

—¿Cómo? — exclamó el padre.

El hijo contó brevemente la estratagema de Job Trotter.

Mr. Weller escuchó el relato con profunda atención, y cuando terminó, dijo:

—¿Uno de esos individuos es alto, con cabellos negros y el don de la palabra muy listo?

—Sí, — respondió Mr. Pickwick.

—¿Y el otro, no es un pillete, no tiene un tupé negro, una librea violada, con una cabeza como una bola?

—Sí, sí, — exclamaron vivamente el amo y el criado.

—Entonces les conozco; están en Ipswick, y están buenos.

—¡Imposible! — dijo Mr. Pickwick.

—No lo dudéis, — dijo Mr. Weller, — y os diré cómo lo sé. Yo llevo un coche á Ipswick de tiempo en tiempo; yo he llevado allá á esos dos la noche que vos cogisteis el reumatismo: los cogí en Chelmsford y los dejé en Ipswick, donde el criado, que es el del traje violeta, me dijo que estarían algún tiempo.

—Iremos allá: podremos visitar á Ipswick como otro sitio cualquiera.

—¿Estáis seguro de que son ellos? — dijo Sam.

—Sí, seguro, porque su aparición fué muy singular; además, me chocó ver un caballero tan familiar con su lacayo; después cuando se sentaron en el coche, dijeron que ya habían arreglado al viejo Juan Lanás.

—¿Al viejo qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Al viejo Juan Lanás.

No hay nada positivamente vil ni atroz en la denominación de Juan Lanás; pero, sin embargo, no tiene nada de respetuosa ni agradable. El recuerdo de todos los siniestros que había experimentado por Jingle vino á martirizar la mente de Mr. Pickwick.

—Yo le atraparé, — exclamó el filósofo, dando en la mesa un enfático puñetazo.

—Yo voy pasado mañana á Ipswick; el coche parte de *El Toro*, en White-Chapel; si tenéis realmente ganas de ir allá, haréis bien en ir conmigo.

—Es verdad, — dijo Mr. Pickwick; — puedo escribir á Bury, y decir á los señores que vayan á reunirse conmigo á Ipswick: iremos con vos; pero no os vayáis tan pronto; Mr. Weller, ¿queréis tomar alguna cosa?

—Sois muy bueno, señor: no vendría mal un vasito de aguardiente para beber á la salud y á la buena suerte de Sammey.

Trajeron el aguardiente, y mister Weller lo tragó por su ancho gaznate.

—Mucho cuidado, señor papá; si bebéis mucho vais á enfermar de gota.

—Tengo para eso un remedio soberano, — dijo Weller poniendo el vaso sobre la mesa.

—¿Un remedio soberano para la gota? — dijo mister Pickwick sacando un libro de memorias.

—La gota, señor, es una enfermedad que nace de los muchos cuidados; si algún día os toca la gota, casáos con una viuda que tenga una voz fuerte y mucha facilidad para hacer uso de ella: es un remedio eficaz.

Al concluir de comunicar este importante secreto, mister Weller vació su vaso de nuevo, guiñó el ojo de una manera pretenciosa, suspiró profundamente y se retiró con lentitud.

—Y bien, Sam, ¿qué piensas de lo que ha dicho tu padre? — preguntó Mr. Pickwick, sonriendo.

—¿Qué pienso? pienso que es víctima del matrimonio.

No había réplica posible á esta conclusión; Mr. Pickwick lo comprendió así, pagó el gasto y se dirigió á Grey's-Inn. Cuando llegó allá, eran las ocho de la noche, y la oleada de personas que se precipitaban por todas las salidas, le hizo comprender que los estudios estaban cerrados por la noche.

Después de haber escalado dos pisos, Mr. Pickwick vio realizadas sus previsiones; la puerta de Mr. Perker estaba cerrada, y el silencio que siguió á los toques repetidos de Sam les anunció que los agentes de negocios se habían retirado por las noches.

—¡Qué contrariedad, Sam! No quisiera perder un momento sin verle. Estoy seguro de que no podré pegar

los ojos antes de confiar este asunto á un hombre del oficio.

—Una vieja sube las escaleras — dijo Sam; — ella sabrá tal vez dónde debemos encontrarle.

—¡Eh! vieja, ¿dónde está Mr. Perker?

—Mr. Perker ha salido — dijo la vieja, deteniéndose para tomar aliento, — y yo voy á hacerle el cuarto.

—¿Sois criada de Mr. Perker?

—Soy su lavandera.

—¡Ah! — dijo Mr. Pickwick, — es una circunstancia curiosa que en estas casas llamen á las amas de gobierno lavanderas.

—No comprendo por qué.

—Será porque tienen una aversión mortal á lavar cualquier cosa.

—No me admiraría — respondió Mr. Pickwick, contemplando á la vieja.

Y en efecto, su apariencia, como la del despacho que acababa de abrir, indicaba una antipatía inveterada al uso del agua y del jabón.

—Buena mujer — continuó Mr. Pickwick, — ¿sabéis dónde puedo encontrar á Mr. Perker?

—No, no sé — respondió la vieja con voz agria; — está fuera de la población.

—Y su escribiente ¿dónde está?

—Lo sé, pero él no querrá que os lo diga.

—Tengo asuntos particulares con él.

—Bien; si tenéis algún asunto urgente, os diré dónde está: si vais á *La Marica*, y preguntáis en el mostrador por Mr. Lowten, os presentarán al escribiente de Mr. Perker.

Con esta instrucción, y enterándose además del sitio donde estaba *La Marica*, Mr. Pickwick se dirigió á ella.

Aquella taberna favorita, consagrada á las orgías nocturnas de Mr. Lowten y de sus compañeros, era lo que vulgarmente se llama un tugurio. Dos ó tres cartones impresos hacían alusión á la cidra de Dewshire y el aguardiente de Dantzig, y estaban colgados en los vidrios inferiores de la puerta, mientras un ancho cartelón negro con letras blancas anunciaba al público sitio que había quinientos mil barriles de cerveza en los sótanos de la casa, dejando duda en cuanto á la dirección en que deba estar aquella caverna en las entrañas de la tierra. Habremos concluído de describir el edificio cuando añadamos que la vieja muestra ostentaba la figura medio borrada de una marica.

Cuando Mr. Pickwick se presentó en el mostrador, fué recibido por una mujer de cierta edad, que salió de detrás de un bombo.

—¿Mr. Lowten está aquí, señora?

—Sí, señor, está; Charley, llevad este caballero á ver á Mr. Lowten.

—El señor no puede entrar ahora — respondió un joven Ganímedes de cabeza roja; — Mr. Lowten está cantando una canción, y esto le interrumpiría; concluirá pronto, caballero.

Apenas había acabado de hablar el Ganímedes, cuando el choque de los vasos y el ruido de los golpes dados en las mesas anunciaron que la canción había terminado. Mr. Pickwick dejó á Sam para que refrescara y siguió á su introductor.

—Un caballero quiere hablaros — dijo el Ganímedes.

Al oír esto, un joven que estaba sentado en un sillón á la cabecera de la mesa, miró con alguna sorpresa en dirección de la voz, y su sorpresa no disminuyó cuando advirtió que no conocía al individuo que le buscaba.

—Os pido perdón, caballero — dijo Mr. Pickwick, — y siento mucho venir á incomodar á estos señores; pero vengo á un asunto muy urgente. Si queréis tener la bondad deirme, os lo agradeceré.

El joven se levantó, y sentándose en un rincón de la sala, oyó atentamente el relato de los infortunios de Mr. Pickwick. Cuando éste hubo terminado, dijo:

—¡Ah! ¡Dodson y Fogg, hábiles en la práctica, nombres de negocios, muy listos. Perker no está aquí ni vendrá antes del fin de la semana próxima; pero si queréis defensa en la acción entablada contra vos, dejadme esa copia, y yo haré lo que pueda hasta que él venga.

—Precisamente á eso venía — dijo Mr. Pickwick, dándole el documento; — si pasa algo de nuevo, podéis avisarme á Ipswick.

—Muy bien — respondió el pasante de Mr. Perker; y viendo que Mr. Pickwick miraba con tenacidad á la mesa, continuó:

—¿Queréis permanecer con nosotros media hora? Tenemos buena gente esta noche; está Samkin y el primer pasante de Green, y Smilkers, y la cancillería de Price, y Pinkins, y Thomas, que canta admirablemente, y Jack Bauber.

Mr. Pickwick no podía dejar pasar una ocasión tan favorable para estudiar la naturaleza humana. Se acercó á la mesa, fué presentado á la sociedad, tomó asiento junto al presidente, é hizo venir un vaso de su licor favorito.

Un profundo silencio siguió, al contrario de lo que Mr. Pickwick esperaba. Al fin su vecino de la derecha, un caballero que ostentaba botones de mosaico sobre una camisa rayada, le dijo quitándose el cigarro de la boca:

—Espero que esto no os incomodará, caballero.

—De ningún modo — replicó Mr. Pickwick; — me

gusta, el olor del tabaco, aunque no fumo.

—Sentiría mucho decir otro tanto, — observó otro caballero del lado opuesto de la mesa; — mi pipa es para mí alimento y habitación.

Mr. Pickwick examinó al que hablaba así, y no pudo menos de pensar que hubiera ganado mucho el tal, si su pipa hubiera sido también para él el lavado de la ropa.

Hubo otra pausa; Mr. Pickwick era un extraño, y su llegada había enfriado naturalmente á los tertulianos.

—Mr. Grundy va á obsequiar á la sociedad con una canción — dijo el presidente.

—No, no la obsequiará — dijo Mr. Grundy.

—¿Por qué? — preguntó el presidente.

—Porque no puedo.

—Decid que no queréis.

—Pues bien, porque no quiero.

Otra pausa siguió á esta negativa de obsequiar á la sociedad.

—¿Por qué no canta el presidente? — dijo un joven de bigotes, bizco y con cuello de camisa vuelto.

—Roque, acabo de cantar — dijo el presidente — la única canción que sé.

Como esto no tenía réplica siguió otra pausa.

—Yo he estado esta tarde, señores — dijo Mr. Pickwick, — deseando suscitar un asunto de interés para todos, — yo he estado esta tarde en un sitio que todos conocéis sin duda, pero donde yo no he puesto en mi vida los pies; hablo de Gray's Inn; esas casas son curiosos escondrijos en una población como Londres.

—¡Por Júpiter! — dijo el presidente, — que habéis nombrado una cosa que hará hablar á alguno de nosotros; vais á sacar de sus casillas al viejo Jack Bamber. Nunca se le ha oído hablar sobre otra cosa que sobre esas casas. Ha vivido solo tanto tiempo que se ha vuelto medio loco.

El individuo de quien hablaba Mr. Lowten era un viejo pequeño, de hombros altos, que tenía la costumbre de inclinarse hacia adelante, cuando estaba silencioso, y que por esta razón no había sido visto antes por mister Pickwick; pero cuando el viejo levantó su rostro amarillo y descarnado y fijó en él sus ojos, llenos de astucia y penetración, nuestro ilustre observador se admiró de que hubiese escapado á su atención una fisonomía tan singular; una sonrisa amarga contraía perpetuamente la cara del viejo; apoyaba su barba sobre una mano flaca, cuyas uñas tenían una longitud extraordinaria; su mirada penetrante y fija brillaba bajo sus cejas apenas; en fin, había en el conjunto de su fisonomía algo

de salvaje, de extraño, de astuto, que le daba un aspecto repulsivo.

Tal era la figura que se apareció de repente, y de cuya boca salió un torrente de palabras vehementes; sin embargo, como este capítulo va siendo ya largo, y como el viejo es un personaje notable, será más respetuoso para él y más cómodo para nosotros dejarle hablar en un nuevo capítulo.

CAPITULO XXI

En el cual el viejo se apodera de su tema favorito y cuenta la historia de un cliente singular.

—¡Ah, ah! — dijo el viejo de quien hemos dado una corta descripción en el anterior capítulo; — ¡Ah! ¿quién habla de las Inn?

—Yo, caballero — respondió Mr. Pickwick; — he notado que son sitios muy singulares.

—Vos — contestó el viejo con tono despreciativo, — ¿qué podéis saber del tiempo en que los jóvenes se encerraban en sus habitaciones solitarias y leían, leían, hora tras hora, noche tras noche, hasta que se agotaban las fuerzas de su espíritu, hasta que la luz de la mañana no les traía salud ni alegría, concluyendo por perecer, después de haber consagrado su vigorosa juventud á estudiar en viejísimos librazos? Vos, que habéis venido más tarde, en una época muy diferente, ¿qué podéis saber de aquel desfallecimiento gradual, de aquella lenta consunción, de aquellos rápidos accesos de fiebre, resultado de la miseria, de la disipación? ¿Sabéis cuántos pleiteantes, después de haber vanamente implorado la piedad de los hombres de ley, se han ido con el corazón desgarrado á buscar reposo en el Táme-sis, ó refugio en una prisión? No hay tabique en aquellas casas que no pueda narrar alguna espantosa historia; por prosaicos que esos hoteles parezcan, os digo que están llenos de horribles misterios; y yo prefiero oír durante la noche alguna leyenda adornada con un terrible título, que la verdadera historia de cualquiera de aquellas antiguas habitaciones.

Había una energía tal en las palabras del viejo, que